

DISCURSO CONTESTACIÓN

DEL ARCEDIANO DE LA S. I. PRIMADA Y ACADÉMICO NUMERARIO

DON RAFAEL MARTÍNEZ VEGA

SRES. ACADÉMICOS:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Si no supiéramos que el saber es comprensivo y que, no sólo se extiende indefinidamente, sino que sabe dar lo suyo a cada rama de la ciencia y del arte, en admirable polifonía unidos, había de causarnos extrañeza oír discursos marciales aquí donde se asienta la paz, y escuchar las andanzas del ejército cuando parecía perdido enteramente el eco de las batallas.

Nada, sin embargo, disuena en nuestros oídos el ordenado discurso que acabamos de aplaudir merecidamente sobre la Historia militar moderna, sus posibilidades y limitaciones docentes y técnicas, y encauzada orientación por donde ha de marchar para rendir sus frutos.

La Academia de la Historia no puede menos de aplaudir el desglose de esta unidad, hasta el siglo XIX confundida en el acervo común de la Historia de los pueblos, y se complace en verla partir airosa y apuesta, para lucir sus galas personales en desfile gentil a lo largo de las amplias avenidas que rotula la ciencia.

La Historia militar que habló hasta ahora con áspero acento alemán, o en dulce lengua italiana, o envuelta en la flamante y seductora ampulosidad francesa, ha llegado hasta nosotros con los caballerosos aprestos de la lengua castellana.

Y, en verdad, que no pudo hacer selección más oportuna en el solar hispano que hablar desde la roca no desgastada, aunque envejecida, de nuestra civilización, *Toledo*, y en ella bajo los artesones que sabiamente entrelazan dos civilizaciones para doselar la ciencia de los tiempos venideros. Cuentan de nuestra Ciudad las murallas, y en las murallas sus piedras, que saben de

cantos bélicos, que se sintieron estremecer con los mismos fervores de aquellos ejércitos que vieron tantas veces desfilar por las angostas calles, y que agradecen, como caricia de juventud en rostro por la vejez arrugado, las que reciben de los apuestos infantes españoles que se forman en su Alcázar.

Así, bien se escuchan entre nosotros las lecciones de un Profesor-Bibliotecario que, sin despojarse del uniforme que vistió, al propio tiempo que deja arrastrar su espada entre el arrullo silbante de sus calzadas espuelas, lleva bajo de sus brazos voluminoso atijo de libros, flamantes unos y otros apergamidados.

Admirable conjunción la de la espada y el libro, no por antigua ya, menos interesante. Bien se ve que no se extinguió la raza del Manco de Lepanto, que abandonó la espada porque perdió la mano, pero la supo cambiar por pluma ingrávida que engastó las más ricas piedras del ingenio entre el hilo de oro del habla de Castilla.

Bien venido sea a esta Academia el soldado que sabe y el sabio que milita. Que si para ser soldado hace falta saber lo que se hace, para alcanzar la ciencia y el saber es preciso planear la lucha y pelear con ardor.

*
**

Quizá pudiera parecer extraño que, cuando el nuevo Académico llega a ocupar su sillón, alumbrado por los haces de luz que forman su atavío, me encuentre en el dintel dándole la bienvenida con mis severos arreos, que son arreos de paz. No he de fijarme, para disipar la extrañeza, en que es la mía una misión de obediencia, ni tampoco en la analogía que brinda el no haber espada sin cruz, ni cruz que no llegue a convertirse en espada que nos habla de honor y sacrificio. Vaya en justificación un motivo que nos une, como se muestran unidos miembros que se mueven por un mismo principio vital: Si al recibir la investidura los viejos caballeros, no solía faltar quien la bendijese con bendiciones de paz, dejemos una vez más que el sacerdote *bien diga* de esa investidura santa y pacífica, que viene a añadir un nuevo adorno efectivo a las condecoraciones que ostenta un militar.

Y, puesto a decir bien de la investidura, no es difícil decir bien del investido, ya que su semblanza moral queda hecha por su mano, sin más que ahondar un poco en lo que él mismo sinceramente expresó.

I

El planteamiento y la elección del tema son un acierto, tanto más estimable cuanto menos ambiente parece tener. El hablar de lo que a todos invade es seguir la corriente y dejarse llevar; saber desentenderse del influjo envolvente y atalayar en el futuro es función reservada a inteligencias superiores. De ellas es el Sr. Ahumada al hablarnos de la Historia de la guerra, cuando casi se quiere convertir la espada en cayado y el uniforme en zajones para trocar en bucólicas las bélicas canciones. Es hermosa, ideal y laudable la intención de la paz universal; plausible es por demás el hacer que llame a fabricar aperos de labranza la sirena que convocó en otro tiempo a preparar elementos de guerra. Pero si el poeta convertía en medidos versos cuanto intentaba decir, porque llevaba en el alma un mar de dulces sentires y en el corazón un plectro, en armas se cambiarán los arados, si aquel que los fabrica lleva en su corazón el odio que desencadena guerras.

No basta querer obtener un fin; es preciso que los medios guarden con él proporción para enlazar de este modo el camino con la meta. Y, desgraciadamente, no es la bella paz que invita al descanso y al bien amar lo que puede conseguirse con las ideas que alumbran la sociedad actual, con los sentimientos que en el corazón del pueblo se depositan.

Por otra parte, si somos herederos del mundo que pasó y el trabajo de precedentes generaciones es la base y el sostenimiento del nuestro, hemos de admitir esa relatividad y ese influjo para dar el «Placet» nuestro a la frase axiomática que dijo: «*Si vis pacem para bellum*»: Alerta esté el centinela para evitar sorpresas del enemigo que acecha.

Vemos, por consiguiente, cuán acertado es el tema del nuevo Académico, aunque veamos volar sobre nuestras cabezas la simbólica paloma que aprieta entre su pico el ramo de oliva.

Quando los planes humanos no se adaptan a la propia naturaleza del hombre, o son inútiles o llegan a ser nocivos: únicamente favorecen cuando toman al hombre como es. El hombre es un ser, por deformación de la naturaleza, belicoso; se convertirá en

pacífico cuando se enderece su naturaleza; y se enderezará ésta cuando se le apliquen las directrices que dejó señaladas el que sabe más que el hombre: Dios. El Apóstol San Pablo marcó con su dedo la fuente de las contiendas humanas al tocar las llagas del corazón, que son las concupiscencias, sanables por la influencia de la virtud y del bien. Mientras las llagas supuren no puede haber salud. Es inútil querer levantar la ciudad de la paz sobre el terreno trepidante de volcánicas montañas.

II

A la oportunidad del tema añade el Sr. Ahumada López en su discurso de ingreso una nota muy simpática y de gran valor social: habla de lo suyo y hace honor a su vocación.

El que lleva ya diecisiete años de vida militar y la ha contrastado lo mismo en tiempos de paz que en la guerra de Africa: el que completó sus estudios militares durante un trienio en la Escuela Superior de Guerra, ampliándolos con dos años de prácticas; el que ostenta con honor la Cruz del Mérito Militar con distintivo rojo y varias medallas militares, ha creído una obligación hablarnos de su ambiente. Y este hecho que nos parece, y lo es, algo muy natural, dice mucho en honor suyo y nos dá una lección aprovechable.

La marcha ordenada del complicado organismo de la sociedad humana es el resultado de que cada cual esté en su sitio y no pretenda invadir plenamente ajenas actividades. Al colocarse el Sr. Ahumada en su sitio con motivo de esta solemnidad académica, apunta, sin nombrarla, una causa estimable del desorden.

Es enfermedad actual querer saber de todo para dogmatizar en todo; no existe división racional del trabajo; no hay especialistas; hay hombres universales que a todo quieren llegar en concepto de maestros. Y contra este modo de proceder en el campo intelectual, protesta el trabajo de la industria y del taller; protesta la naturaleza toda con su división de partes para lograr el bienestar del todo; protesta la misma filosofía popular que, si fué para el latino *pluribus intentus minor est ad singula sensus*, nos dijo en castellano «el que mucho abarea poco aprieta» y «zapatero a tus zapatos».

Hablándonos el Sr. Ahumada de asuntos militares, dice al médico que hable de medicina, al abogado de leyes, al sacerdote de asuntos de fe y de costumbres, y al militar de milicia. No sea que al mezclarnos, a más de incurrir en vergonzosos errores, lleguemos a formar con los hilos cruzados la tela de araña donde fenezca el imbécil insecto de nuestras inquietas ilusiones.

III

Los dos aciertos apuntados someramente en el discurso de D. Fernando Ahumada nos dan ya la silueta del intelectual vestido de uniforme y del verdadero historiador que ordena su trabajo al magisterio de la Historia que cultiva. Pero un examen más fundamental deja su fisonomía completamente al descubierto.

Tres partes tiene su labor: 1.^a Localizar la Historia militar en el tiempo, en su extensión, en su finalidad, en su estilo, en sus tratadistas; 2.^a Señalar y vindicar la finalidad de la dicha Historia militar, estudiando sus fuentes doctrinal y táctica y sus factores intelectual y moral con el cortejo circunstancial que les acompaña; 3.^a Alzar como puntos de mira, para hacer el trazado de marcha, la investigación, la crítica y la síntesis en un campo doctrinal debidamente equipado.

El que así habla y expone no es el militar de valor temerario; es el frío estratega que estudia el campo, pondera el enemigo, palpa el terreno, cuenta sus tropas, las dinamiza y, ahorrando una gota de sangre, llega a su objetivo con el preciso desgaste. Es el tipo del militar moderno, que no fia el éxito al número, sino al valor numérico; no es su intelectualidad militar puramente democrática, sino con la influencia de la aristocracia del talento. Las masas no le seducen; mira, para orientarse, al cielo del saber, donde brilla el astro que alumbraba el terreno. Bien ponderado intelectualmente, él mismo se descubre como autor de diversas obras y traductor de otras inglesas e italianas, todas de índole militar, así como en concepto de colaborador de diferentes periódicos y revistas profesionales.

El bagaje con que el nuevo académico llega a nosotros no tiene carácter de impedimenta, sino valor de provisiones de boca

y guerra. Y como unas y otras son altamente precisas en esta Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo para cumplir su misión, séame permitido, en nombre de todos, dar el abrazo cordial de bienvenida al que así llega a formar con nosotros falange de cultura; felicitar al ejército español, que se nutre del saber y de la disciplina, y a la Academia de Infantería, que así forma sus alumnos con la instrucción de su profesorado.

¡Que las birretas doctorales, los uniformes militares y el hábito talar no vean rota la unión que entre nosotros reina, para que hoy como antaño demos a nuestra Patria días de gloria y de ventura!

HE DICHO

A R B P